

## Niñ@s, ciudadan@s peligros@s.

*Marta Román Rivas*[1]  
Madrid (España), 2000.

"Niños, en la calle no se juega. En la acera no se enreda". Esa es la enseñanza que se transmite a las nuevas generaciones de ciudadanos. Los peatones y sobre todo, los niños que cometen imprudencias son tachados de peligrosos. Según esta versión de la seguridad vial, el comportamiento arriesgado de los pequeños es la causa de sus accidentes.

El mensaje que social e institucionalmente se está implantando considera que un individuo de treinta kilos de peso corriendo detrás de su pelota es un ser peligroso al que hay que adiestrar. En cambio, una máquina de mil kilos surcando las calles a más de sesenta kilómetros por hora no lo es. Quien debe tener cuidado y retirarse para no causar problemas es el menor de edad, el que todavía no tiene responsabilidad civil; por el contrario, el conductor, que por su condición supera los dieciocho años, tiene todas las prerrogativas y bendiciones para campar por sus respetos en las calles de la ciudad. Cuanto más corra, mejor, más fluido será el tráfico.

Esta jerarquía de valores, esta concepción del peligro, ha desembocado en la práctica desaparición de niños "suelos" por las calles de la ciudad. En España no hay datos al respecto, pero asumiendo que este fenómeno es similar al de otros países, se habla de que en los años setenta el 90% de los menores de siete años iban solos al colegio y en tan sólo veinte años esta cifra ha caído al 10%. Los niños son ahora como animales peligrosos a los que hay que tener encerrados, bien en casa o bien en recintos vigilados, y cuando se les saca a pasear deben ir permanentemente controlados.

Las repercusiones que tiene el haber convertido a los niños en ciudadanos no gratos son enormes para todos los habitantes de la ciudad. Podremos empezar a evaluar las repercusiones que tiene para ellos mismos, para su salud, por falta de ejercicio físico. Si no pueden jugar en las aceras de la ciudad, si no pueden correr libremente a diario cerca de su casa, si no les permiten cruzar la calle solos para acceder a una plaza o a un parque ¿dónde van a explayarse? ¿en un piso de setenta metros cuadrados? Todos los problemas de obesidad infantil o de colesterol que hoy en día tanta alarma causan a sus padres, son un reflejo de esta vida sedentaria y no sólo un problema de mala alimentación, como se está planteando.

Si no pueden ir solos, no pueden relacionarse autónomamente con los de su talla o con otras personas. Su desarrollo psicosocial se ve comprometido tanto como su desarrollo físico. Los adultos de ahora, miran extrañados a los niños como si fueran teleadictos, pegados a las pantallas de ordenador, manipulando como obsesos la máquina de videojuegos. Pero ¿qué espacio les hemos dejado? Las nuevas tecnologías aparecen como máquinas salvavidas que consiguen entretener a los niños en espacios cerrados. Ellos, a través de la televisión, conquistan otros mundos y viven las aventuras que se les venden en este entorno acotado. Para los que cuidan de ellos estas máquinas permiten que sus fieras estén temporalmente sosegadas.

Cuando se les saca a la calle y entran en contacto con el espacio público, el lugar por antonomasia de relación social, perciben la jerarquía de valores imperantes donde el más fuerte manda sobre el más débil. Perciben un espacio crispado por las prisas, cargado de ruidos, de humos. Ellos siempre bajo consignas y gritos para que no corran, para que no crucen, para que no se muevan. ¿Cómo van a aprender valores de solidaridad en un escenario de estas características? No nos engañemos, los niños aprenden lo que ven.

No hay más que observar a las nuevas generaciones de jóvenes conductores que, en vez de haber aprendido a convivir con los coches tras años de motorización y tras tantas enseñanzas de seguridad vial, se lanzan desbocados a las calles y carreteras y hacen gala de su posición de poder apretando el acelerador. Es difícil que los nuevos individuos se incorporen y se integren como adultos en la colectividad sin problemas, después de varios años de cautividad. Jóvenes que han podido ir conociendo paulatinamente su entorno, que no saben orientarse, que se pierden en su propia ciudad. Su irrupción en las calles como seres adultos, sin etapas intermedias de socialización, sin una vinculación e identificación con el lugar donde viven, genera problemas a toda la colectividad.

Los graves accidentes de carretera de tantos jóvenes se fraguan en esas concepciones colectivas. Ellos son víctimas de una escala de valores sociales que da preeminencia y poder a los que van sobre cuatro ruedas frente a los que caminan. Ellos sólo hacen uso y disfrutan de esa nueva condición de reyes del asfalto.

La seguridad vial que actualmente se enseña no evita el encontronazo de los jóvenes con la libertad. La seguridad vial ha permitido reducir los atropellos entre los grupos de población infantil, no porque las calles sean más seguras sino porque los niños han desaparecido de la escena pública y porque los adultos que les cuidan han extremado la vigilancia y control.

Por eso, otra de las repercusiones de este recorte de libertad es la exigencia de tener carceleros permanentes. Los padres y sobre todo las madres -sobre quienes sigue recayendo el cuidado de los hijos- se han visto convertidos en acompañantes, vigilantes y guardianes de estos seres considerados como peligrosos. Ahora tienen que suplir con dinero, imaginación o resignación las deficiencias de esta construcción urbana. Acompañarles hasta la puerta del colegio, aguantar sus energías dentro de casa, llevarles y traerles a diversas clases extraescolares para tenerles entretenidos, vigilarles en el parque mientras juegan. Soluciones individuales para hacer frente a un problema colectivo.

Esto no ha sido siempre así, seguro que buena parte de las personas adultas que leen este artículo asocian una calle a su infancia. Seguro que quienes diseñan y planifican esta ciudad del automóvil, conocieron palmo a palmo su itinerario al colegio, el disfrute de este momento de libertad, de ese encuentro con lo imprevisto, con el otro, con la posibilidad de desviarse y transgredir normas, de irse convirtiendo en personas.

El hecho de que a los pequeños habitantes de la ciudad se les haya truncado esta entrada paulatina en el mundo exterior amenaza su desarrollo como ciudadanos sanos y equilibrados, sometidos como están a una condena entre diez y doce años de cautividad por haber nacido en una ciudad "moderna".

Fecha de referencia: 25-2-2002

---

1: Publicado en el boletín periódico sobre el peatón en la ciudad: A pie. Primavera, 00. Número 1.

Boletín CF+S > 19 -- (EN)CLAVES INSOSTENIBLES: tráfico, género, gestión y toma de decisiones >  
<http://habitat.aq.upm.es/boletin/n19/amrom.html>

Edita: Instituto Juan de Herrera. Av. Juan de Herrera 4. 28040 MADRID. ESPAÑA. ISSN: 1578-097X